

da Constantinopla á tanta distancia de París, no podíamos aconsejarle fácilmente, y nuestro socorro debía ser muy lento. Napoleón, en quien se verificaba una revolución de ideas con la viveza propia de su genio, vió de pronto de otro modo los sucesos de Oriente, pues hacia mucho tiempo que los hombres de estado de Europa consideraban al imperio turco como en visperas de ser repartido, y con esta mira había querido Napoleón que á Francia le tocara su parte, tratando de apoderarse de Egipto. Luego abandonó aquella idea momentáneamente, cuando en 1802 pensó en reconciliar á Francia con todas las potencias; pero volvió á ella con ahínco al ver lo que estaba sucediendo en Constantinopla, y se dijo á sí mismo que supuesto que no se podía hacer que viviese aquel imperio, era lo mejor aprovecharse de sus despojos para el buen arreglo de los asuntos de Europa, y sobre todo para humillar á Inglaterra. Tenía á la sazón á su lado, como ya sabemos, vencido pero temible aun, al soberano cuya juvenil imaginación era más fácil exaltar, mostrándole las bocas del Danubio, el Bósforo y Constantinopla, y pensó que con algunos de aquellos despojos turcos, que tarde ó temprano no podían menos que ir á parar á poder de Rusia, obtendría, no solo la paz, que en aquel momento no era dudosa, sino una alianza íntima, apasionada, y por medio de la cual venciese á Inglaterra, realizando en los tronos de Occidente las revoluciones que meditaba.

Teniendo como tenía á su lado diariamente al emperador Alejandro, ya en revistas, ya en largos paseos por las orillas del Niemen, ya en fin,

en un gabinete-despacho, donde había estendido un mapa universal, y donde se encerraba muchas veces con él después de comer, logró deslumbrar la imaginación de aquel príncipe, y trastornarla completamente, proponiéndole en una conversación casi continua de muchos días las miras siguientes.

—El cielo, así dijo á Alejandro, acaba de romper los compromisos que había contraído con la Puerta, pues mi aliado y amigo el sultán Selim ha sido destronado y preso. Había creído que podía hacerse algo con esos turcos, como por ejemplo, devolverles un poco de energía, y enseñarles á que se valgan de su valor natural, pero veo que es una ilusión. Es preciso, pues, acabar de una vez con un imperio que no puede subsistir, é impedir que sus despojos contribuyan á aumentar la dominación de Inglaterra.—Dicho esto, desplegó á los ojos de Alejandro los nuevos proyectos que acababa de concebir, manifestando que si deseaba ser aliado de Francia, y amigo suyo sincero y constante, nada era más fácil, ni más ventajoso para él y su imperio; pero era preciso que esa alianza fuese completa, sin reserva y vehículo por donde se confundiesen los intereses de las dos potencias. En primer lugar esa alianza era la única que convenía á Rusia, porque ¿de qué se acusaba á Francia? ¿de qué quería dominar á Italia, á Holanda y quizá á España? ¿de qué aspiraba á crear en el Rin un sistema que disminuyese la preponderancia que de antiguo tenía Austria en Alemania, y contuviese la que empezaba á ejercer Prusia? Pero ¿qué importaba á Rusia, Italia, España y Holanda? ¿La misma

Alemania no miraba á Rusia con ojos de envidia, y era enemiga suya aunque en secreto? ¿no se hacía un servicio á Rusia con debilitar á las principales potencias alemanas? Y al contrario, ¿de qué se acusaba á Inglaterra? ¿no era de que quería dominar los mares, que son propiedad de todo el mundo; oprimir al pabellon neutral, en cuyo caso se hallaba el ruso; apoderarse del comercio de las naciones, y rescatarlas del yugo dándoles géneros exóticos al precio que ella misma fijaba; poner el pie en cualquier parte que podia, como en Portugal, Dinamarca y Suecia; y por último, tomar ó amenazar á los puntos dominantes del globo, como el cabo de Buena Esperanza, Malta, Gibraltar y el Sund, para poner la ley á todos los comerciantes del universo? En aquel mismo momento, ¿no trataba de conquistar á Egipto, en vez de ir á socorrer á sus aliados? Y recientemente, si se hubiese apoderado de los Dardanelos ¿qué es lo que hubiera hecho con ellos? Ahora bien, ¿no podia decirse que lo mismo importaba á Rusia las pretensiones que se atribuian á Francia, que la conducta codiciosa de Inglaterra? La gran Catalina y Pablo I creian que esa conducta importaba y mucho á Rusia, puesto que la una y el otro declararon la guerra á la Gran Bretaña, por conservar los derechos del pabellon neutro, pues los ingleses oprimian hasta tal punto el comercio de las naciones, que se habian apoderado del de San Petersburgo, cuyos capitales eran suyos, y que venia á ser en sus manos un medio temible de influir en Rusia, pues con solo encerrar el dinero, hacian que el pueblo empezase por murmurar y acabase asesinando á los emperadores. Un ejér-

cito francés, conducido por un gran capitán, podia llegar en rigor hasta el Vistula, hasta el Niemen tambien, ¿pero iria hasta el Nawa? Una escuadra inglesa, al contrario, podia forzar el Sund, prender fuego á Kroustadt, amenazar á San Petersburgo despues que hubiese forzado el Bósforo, y destruir á Sevastopol y Odessa; una escuadra inglesa podia encerrar á los rusos en el Báltico y en el mar Negro, y tenerlos prisioneros en aquellos mares como en un lago. Empero, Francia y Rusia, como no se tocaban por ningun punto y tenian unos mismos enemigos, esto es, los ingleses por mar y los alemanes por tierra, además de un objeto comun y en que debian poner toda su solicitud, cual era el imperio turco, podian entenderse y ponerse de acuerdo, siendo ambas bastante poderosas para dominar el mundo como asi lo tuviesen á bien.

Despues de esta magnífica ojeada, Napoleon añadió un sistema de medios mas seductor aun que las ideas generales que acababa de desenvolver, pues como le acusaban de que queria la guerra por solo el gusto de pelear, y no era así, trató de probarlo en el acto, diciendo á Alejandro:—Sed mi mediador cerca del gabinete de Lóndres, pues este papel conviene á vuestra posicion de antiguo aliado de Inglaterra, y aliado dentro de poco de Francia. Ya no pienso en Malta: que la Gran Bretaña conserve esta isla, en compensacion de lo que yo he adquirido desde que se quebrantó la paz de Amiens; pero que devuelva á España y Holanda sus colonias, y entoncesle devolveré yo el Hannover. ¿No son estas condiciones justas y perfectamente equitativas?

¿puedo aceptar otras? ¿puedo abandonar á mis aliados? ¿Y cuando estoy dispuesto á sacrificar mis conquistas en el continente, y una conquista como Hannover, porque mis aliados recobren sus lejanas posesiones, hay quien niega mi lealtad y moderacion? —

Alejandro confesó que aquellas condiciones no podian ser mas justas, ni Francia aceptar otras, y prosiguiendo Napoleon, logró que aquel principe conociese que si Inglaterra se obstinaba á pesar de hacerle tales proposiciones, era preciso obligarla á que cediese, porque no siempre debia estar el mundo en guerra por ella; y le probó que podia reducirse con una simple declaracion.—Si Inglaterra, le dijo, se niega á admitir la paz con estas condiciones, proclamamos aliado de Francia: anunciad que vais á unir vuestras fuerzas con las suyas para asegurar la paz marítima, y decid á la Gran Bretaña que ademas de la guerra con Francia, tendrá la de todo el continente; esto es, la de Rusia, la de Prusia, la de Dinamarca, la de Suecia y Portugal, cuyas naciones deberán obedecernos cuando les intimemos nuestra voluntad; hasta la de Austria, pues tendrá que pronunciarse en igual sentido, como vos y yo le declaremos que tambien lucharemos contra ella, en caso de que no quiera luchar contra Inglaterra con las condiciones que hemos enunciado. Viéndose entonces espuesta Inglaterra á una guerra universal, sino quiere celebrar una paz equitativa, depondrá las armas; pero todo esto, añadió Napoleon, debe comunicarse á cada gabinete, fijándole un término preciso é inmediato para que se decida. Si Inglaterra no cede, obraremos de comuu acuerdo,

y ya encontraremos suficiente desquite, para indemnizarnos de tener que continuar la guerra. Quizá resistan dos países muy importantes, y uno de ellos sobre todo para Rusia, que son Portugal y Suecia, subordinados á Inglaterra merced á su posicion marítima; pero yo me entenderé con España acerca de Portugal: en cuanto á vos, apoderaos de Finlandia, por via de indemnizacion de la guerra que tendreis que hacer contra Suecia. Es verdad que el rey de dicha nacion es cuñado y aliado vuestro; pero por lo mismo que es vuestro hermano político y aliado, que siga los cambios de vuestra política, ó sufra las consecuencias de su mala voluntad. Suecia, repitió Napoleon muchas veces, podrá ser un pariente, un aliado del momento, pero es un enemigo geográfico (1), y puesto que San Petersburgo se halla demasiado cerca de la frontera de Finlandia, es preciso que las hermosas ruras de la capital no oigan desde sus palacios el cañon de los suecos.—

Despues de señalar á Alejandro la Finlandia en premio de la guerra contra Inglaterra, Napoleon le hizo entrever hácia el Oriente una cosa mas brillante aun, diciéndole:—Debeis servirme de mediador cerca de la Inglaterra, pero mediador armado que impone la paz, y yo haré el mismo papel por vos cerca de la Puerta. Le intimaré que voy á intervenir en sus asuntos, y si se niega á entrar en tratos con condiciones que os satisfa-

(1) Estas son las espresiones que usó Napoleon, y que Alejandro repitió á Mr. de Caulaincourt refiriéndole lo que sucedió en Tilsit.

gan, lo cual no debemos esperar en vista del estado de anarquía en que se halla, me uniré á vos contra los turcos, como vos os habeis unido á mí contra los ingleses, y entonces repartiremos el imperio otomano segun convenga.—

Inmenso era el campo de las hipótesis acerca de esto, y así la imaginacion de los dos soberanos se perdió en un mar profundo de combinaciones, deseando desde luego Rusia conseguir, cualquiera que fuese el éxito de la negociacion que se entablase con la Puerta, una porcion cualquiera de las provincias del Danubio, y consintiendo en ello Napoleon en cambio de la asistencia que Rusia debia prestarle en los negocios de Occidente. Sin embargo, como era probable que en nada cederian los turcos, de esto iba á seguirse la guerra, y de la guerra la reparticion; pero ¿qué reparticion? Rusia podia obtener, ademas de la Besarabia, Moldavia, Valaquia, y la Bulgaria hasta los Balkanos, y Napoleon debia desear como es natural las provincias marítimas, como por ejemplo, Albania, Tesalia, Morea y Candia. En cuanto á Austria, no faltaria en la Bosnia ó en Servia alguna cosa con que indemnizarla, ya cediéndoselas como á única propietaria de ellas, ya formando con aquellos terrenos la dotacion de un archiduque, con lo cual se procuraria consolarla de aquellos trastornos del mundo, de que salia cada vez mas lastimada, mientras sus rivales se engrandecian.

Figurémonos al jóven czar, humillado la vispera, yendo á pedir la paz al campamento de Napoleon, y no abrigando sin duda inquietud

alguna respecto á sus propios estados, á los cuales libertaba la distancia de la codicia del vencedor, pero creyendo que iba á perder una porcion considerable del territorio de su aliado el rey de Prusia; figurémosnosle trasladado de pronto á una especie de mundo, imaginario á la par que real y efectivo, imaginario por lo que respecta á la grandeza, y real y efectivo, viéndose al dia siguiente de haber sufrido una derrota importante, en camino de conquistar á Finlandia y parte del imperio turco, y de recoger de una guerra desgraciada, mas que se recogia en otro tiempo de otra venturosa, como si el honor de haber sido vencido por Napoleon, equivaliese casi á una victoria, y debiese producir sus frutos; figurémosnos á ese jóven monarca, ansioso de adquirir gloria, buscándola por todas partes hacia siete años, ora en la civilizacion precoz de su imperio, ora en la formacion de un nuevo equilibrio europeo, y no encontrando sino inmortales derrotas, y luego hallando de pronto esa gloria tan buscada en un sistema de alianza con su vencedor, alianza que debia hacerle entrar á participar de la dominacion del mundo, en grado inferior, pero al lado del hombre grande que tenia á bien compartirla con él, y valer á Rusia las magnificas conquistas que Catalina prometió a sus sucesores, pero que despues cayeron en el reino de las quimeras: figurémosnosle, decimos, pasando tan pronto de tanto abatimiento á tan elevadas esperanzas, y no nos costará trabajo comprender su agitacion, su inmenso júbilo, y la repentina amistad que concibió hácia Napoleon, amistad que tomó al instante

las formas de un cariño entusiasta, y sincero seguramente, á lo menos en aquellos primeros momentos.

Alejandro que, como ya hemos dicho, era muy jóven y afable, humano, y de talento, pero tan inconstante como su padre, se arrojó de pronto en el camino que abría ante sus ojos su hábil seductor, y ni una vez siquiera dejaba á Napoleon sin espresar una admiracion sin límites.—¡Qué hombre tan gran delicia sin cesar á los que se le acercaban; ¡qué génio! ¡qué estension de miras! ¡qué capitán! ¡qué hombre de estado! ¡que no le hubiera conocido antes! ¡cuántas faltas me hubiera ahorrado! ¡y qué cosas tan grandes hubiéramos hecho juntos!—Sus ministros que habian ido á reunirse con él, y los generales que le rodeaban, notaban la seduccion que egercia en él, y no lo sentian, porque tenian por una fortuna el que saliese de un mal paso con honra y ventaja, á juzgar á lo menos por la satisfaccion que brillaba en su rostro.

Durante este tiempo, el desventurado rey de Prusia fué á llevar á Tilsit su desgracia, su tristeza, su razon que no trataba de aparentar, su modestia, y su buen sentido, sin que participase de la deslumbradora intimidad que llenaba de júbilo á Alejandro. Este le presenta la amistad que le unia á Napoleon, como un medio de conseguir se restituyese á Prusia mayor porcion de sus estados; pero le ocultaba la alianza que se preparaba, ó le confesaba únicamente todo lo menos que podia del secreto. Efectivamente, parecia una cosa estraña que uno de los dos vencidos obtuviese tan buenas conquistas,

cuando el otro iba á perder la mitad de su reino; pero lo cierto es que aunque Napoleon trataba á Federico Guillermo con suma urbanidad, no se hacia mucho caso de él. A caballo, y al frente de las tropas, no tenia la gracia que brillaba en Alejandro, ni el tranquilo ascendiente que tenia Napoleon, de suerte que la mayor parte de las veces se quedaba detrás, aislado como la desgracia, haciendo esperar á sus régios compañeros cuando montaban á caballo ó se apeaban, y siendo, en una palabra, objeto de poco afán, y aun de menos aprecio que lo que merecia, porque los franceses creian con referencia á lo que oian decir en la córte imperial, que Prusia habia hecho traicion á Napoleon, y los rusos no cesaban de repetir que se habia batido mal. En cuanto á Alejandro, todas las atenciones eran para él, pues cuando regresaba de sus largas correrias, Napoleon le retenia á su lado, le prestaba hasta sus muebles y ropa blanca, no permitiendo que perdiese tiempo en ir á su alojamiento para mudar de trage. Napoleon usaba un estuche de oro que gustó al parecer á Alejandro, y al instante se lo ofreció, haciendo que lo aceptase: por último, despues de comer juntos los tres soberanos en el edificio que ocupaba Napoleon, se separaban temprano, y los dos amigos iban á encerrarse en su gabinete, privanza de que estaba escluido Federico Guillermo, y que se esplicaba siempre del mismo modo, á saber por los esfuerzos que Alejandro hacia para que Napoleon concediese la mayor parte de la monarquía prusiana.

Y sin embargo no era de ella de quien se

trataba en aquellas largas conferencias, sino del inmenso sistema europeo, que debía servir para dominar á la Europa mancomunadamente. La repartición, no solo probable sino posible, del imperio turco, era siempre el asunto de la conversacion, pues aunque ya habian discutido, segun hemos visto, un plan de repartición, les pareció incompleto. Rusia obtenia las orillas del Danubio hasta los Balkanos; las provincias marítimas, tales como Albania y Morea, debian ser de Napoleon; las interiores, tales como Bosnia y Servia, se daban á Austria; y la Puerta conservaba la Romelia, es decir, la parte Sud de los Balkanos, Constantinopla, el Asia Menor y Egipto. Así, pues, con arreglo á este proyecto, los bárbaros del Asia se quedaban, al mismo tiempo que con Santa Sofia, con Constantinopla, que era la llave de los mares, y la verdadera capital de Oriente para los hombres de imaginación; Constantinopla, prometida tantas veces á los descendientes de Pedro el Grande por la opinion universal, opinion formada con las esperanzas de los rusos y los temores de Europa!

Alejandro insistió en esto mas de una vez, porque de seguro le hubiera gustado mas una repartición mas completa que diese á Napoleon, ademas de Morea, las islas del Archipiélago, Candia, Siria y Egipto, pero Constantinopla á los rusos. Con todo, Napoleon que creia haber hecho demasiado para ver de atraerse al jóven emperador, nunca quiso ir tan lejos, porque no debía convenirle ceder la ciudad de Constantinopla á cualquiera que fuese, por muy enemigo que fuera de Inglaterra, ni dejar que nadie, mientras vivie-

se él, hiciese la conquista mas brillante que pudiese imaginarse. Podia muy bien dejarse llevar de la tendencia natural de las cosas, y á fin de resolver muchas dificultades europeas, á fin de proporcionarse una alianza poderosa contra Inglaterra, permitir que el torrente de la ambicion rusa fuese á batir el pie de los Balkanos, sobre todo si le animaba el deseo de desviar ese torrente del Vistula, pero no queria que pasase de aquellos montes tutelares, ni que se realizase por nadie de este mundo, en frente de él y á su mismo lado, la obra mas magnífica de los tiempos modernos. Miraba demasiado por la grandeza de Francia, y tenia sobrado fija la imaginación, sin auxilio de nadie, en el género humano, para que fuese á consentir semejante intrusion en el camino de su propia gloria!

Así, á pesar de cuanto deseaba seducir á su amigo, nunca consintió en otra repartición sino en la que quitaba á la Puerta las provincias del Danubio mal enlazadas al imperio, y Grecia demasiado despierta ya para que sufriera por mucho tiempo el yugo de los turcos.

Un dia, de vuelta los dos emperadores de un largo paseo, se encerraron en el gabinete-despacho, donde habia estendidos una porción de mapas, y Napoleon, continuando al parecer una conversacion muy viva que sostenia con Alejandro, pidió á Mr. Méneval un mapa de Turquía, lo estendió, y luego prosiguiendo la conversacion, exclamó varias veces poniendo el dedo sobre Constantinopla, y sin cuidarse de que le oia su secretario, en quien tenia completa confianza:—¡Constantinopla! ¡Constantinopla! ¡nunca! ¿no veis que

es lo mismo que dar el imperio del mundo?(1). —

Sin embargo, la Finlandia y las provincias del Danubio, dadas á Rusia en premio de su cooperacion al logro de los proyectos de Francia, presentaban una perspectiva bastante bella, para ilusionar á Alejandro, pues si obtenia aquel vasto territorio, su reinado seria igual al de Catalina. De consiguiente, no quiso que Napoleon le instara mas, y consintió en cuanto exigian de él.

Convino pues en que Francia y Rusia anudarian desde aquel mismo instante una alianza íntima, defensiva y ofensiva á un mismo tiempo; no tendrian en lo sucesivo sino unos mismos amigos y unos mismos enemigos, y en cualquier ocasion que fuese necesario, reunirian sus fuerzas de mar y tierra para conseguir un mismo objeto, proponiéndose arreglar mas tarde por medio de un convenio especial el número de hombres y buques que deberia emplearse en cada caso particular. Por de pronto, Rusia debia ofrecer su mediacion al gabinete británico, á fin de que hiciese las paces con Francia, y sino aceptaba aquella mediacion con las condiciones propuestas por Napoleon, estaba obligada á declarar la guerra á la Gran Bretaña. Inmediatamente despues de esto debia compelerse á toda Europa, inclusa Austria, á que concurriese á aquella guerra, y si Suecia y Portugal se resistian, como era fácil preveer, un

(1) Estos pormenores me los ha referido el mismo Mr. Méneval, testigo ocular, pero ademas de la veracidad de ese testigo respetable, me garantiza su exactitud la correspondencia de MM. Savary y Caulaincourt, la cual prueba que nunca se pasó del limite de los Balkanos, á pesar de todos los esfuerzos que hizo Alejandro.

ejército ruso iria á ocupar á Finlandia, y otro francés á Portugal. En cuanto á los turcos, Napoleon se comprometió á ofrecerles su mediacion, para ponerlos en paz con Rusia, y sino admitian dicha mediacion, se estipuló que la guerra que Rusia les hacia á la sazón seria comun á Francia, y que las dos potencias harian en seguida con el imperio otomano lo que tuvieran por conveniente sin perjuicio de no pasar, en cuanto á la desmembracion, del limite de los montes Balkanos y el golfo de Salónica.

Adoptadas en sustancia estas resoluciones, Napoleon se encargó de estender de su puño y letra los tratados públicos y secretos en que debian estar consignadas; pero antes sin embargo era preciso ponerse de acuerdo acerca de la desventurada Prusia, que Napoleon habia prometido no destruir completamente, dejando que subsistiese, á lo menos en parte, por honor á Alejandro.

Napoleon habia sentado dos condiciones fundamentales de que no queria apartarse, cuales eran apropiarse, para emplearlas en diversas combinaciones, todas las provincias alemanas que Prusia poseia á la izquierda del Elba, y ademas todas las polacas que habia recibido en las varias reparticiones que se habian hecho de Polonia, lo cual equivalia nada menos que á la mitad de los estados prusianos, tanto en territorio como en poblacion. Con las provincias de Wesfalia, Brunswick, Magdeburgo y Thuringe, que pertenecian á Prusia desde antiguo ó las habia adquirido recientemente, queria Napoleon, reuniéndolas al gran ducado de Hesse, formar un reino aleman que se llamase reino de Wesfalia, y que se proponia dar á su

hermano Gerónimo, para introducir en la confederacion del Rhin un príncipe de su familia, pues, así como ya habia coronado á dos hermanos suyos, uno de los cuales reinaba en Italia, y otro en Holanda, deseaba tener un tercero en Alemania. En cuanto al Hannover, que perteneció momentáneamente á Prusia, Napoleon pretendia conservarlo en prenda hasta que hiciese las paces con Inglaterra, y por lo que hace á Polonia, su intencion era empezar su restauracion por medio de las provincias de Posen y Varsovia, las cuales pensaba constituir en estado independiente, á fin de recompensar á los polacos, pues aunque hasta entonces no le habian prestado grandes servicios, estos podrian ser mayores, cuando reuniesen á su valor natural la ventaja de estar bien organizados, y á fin de abolir tambien, derribando la obra del Gran Federico, la principal y mas culpable de todas ellas, cual era la reparticion de Polonia. Napoleon no sabia lo que con el tiempo podria quitar á Austria, en cambio ó por fuerza, de las provincias polacas que detentaba aquella potencia, y entre tanto resucitaba á Polonia por medio de la creacion de un estado polaco bastante estenso y verdaderamente importante.

Para facilitar mas y mas esta restauracion, se le ocurrió una cosa que ya habia pensado y que se reducía á dar la Polonia á Sajonia, de suerte que destruía una de las grandes monarquías de Alemania, esto es Prusia, y aspiraba á crear otras dos nuevas monarquías aliadas: á saber Westfalia, formada con toda clase de territorio en beneficio de su hermano menor, y Sajonia, aumentada hasta el extremo de adquirir un dohle

territorio, estando destinadas tanto la una como la otra, segun todas las apariencias, á serle fielmente adictas. A esto hay que añadir que, obrando de tal suerte, creía iba á formar un nuevo equilibrio alemán, y á reemplazar con dos alianzas la de Prusia, que habia perdido, siendo este tambien el motivo de que los límites que señaló á la confederacion del Rhin fuesen, el Inn con respecto á Austria, el Elba con respecto á Prusia, y el Vistula con respecto á Rusia.

Esta última potencia no tenia muchas objeciones que hacer contra semejantes combinaciones, sobre todo cuando tomaba el partido de asociarse á la política francesa, á escepcion de los sacrificios que se imponian á Prusia, y la restauracion de Polonia, le interesaban muy poco todas aquellas creaciones y desmembramientos de estados alemanes; pero repetimos que los sacrificios impuestos á Prusia traian muy inquieto al emperador Alejandro, especialmente cuando se acordaba de los juramentos que prestó en el sepulcro de Federico el Grande, y las demostraciones de un cariño propio de los caballeros antiguos que prodigó á la reina de Prusia. De nueve millones y medio de habitantes que tenia la monarquía prusiana, quedaba reducida á cinco, y de ciento veinte millones de francos á que ascendian sus rentas, solo le dejaba el vencedor sesenta y nueve, lo cual no podia admitir Alejandro sin hacer algunas observaciones. Hizolas, pues, á Napoleon, pero éste le contestó que por consideracion á él dejaba tantas provincias á Prusia, pues á no ser porque deseaba complacerle, la reduciría á un estado de tercer órden, quitándole hasta Silesia, para darla, ó á



Sajonia á fin de que adquiriese todo el poderío que habia tenido Prusia, ó á Austria en cambio de Galliteia.

De seguro hubiera sido mejor esta doble combinacion, y puesto que Napoleon estaba decidido á sacrificar á Prusia, mas valia destruirla del todo que á medias. Siempre es un mal sistema derribar estados antiguos para crear otros nuevos, por que los antiguos están prontos á revivir, y los nuevos á morir, á no ser, sin embargo, que se obre en el sentido, ya muy pronunciado, de la marcha de las cosas. Ahora bien, la marcha de las cosas exigia que Prusia fuese engrandeciéndose por grados; y que Polonia y Sajonia fueran destruyéndose progresivamente, y todo cuanto se hiciese en este sentido tenia probabilidades de duracion, al paso que cuanto se intentase en sentido contrario tenia muy pocas. Para dar alguna consistencia á lo que se estaba haciendo era preciso debilitar sin demora á Prusia en tal grado, y dar tanta fuerza á Sajonia y Polonia, que á la primera le quedasen muy pocos medios de poder renacer, y á las otras dos muchos para poder sostenerse. Así, pues, ya que no se reconstituia á Prusia por entero, lo cual hubiera sido preferible á todo lo demas, mejor hubiera hecho Napoleon en destruirla completamente. El mismo lo creia así, y lo dijo al emperador Alejandro, llegando hasta ofrecerle parte de los despojos de la casa de Brandeburgo, si queria prestarse á sus proyectos, á fin de restaurar á Polonia mas completamente; pero Alejandro se negó á ello, porque materialmente le era imposible aceptar los despojos de Prusia: bastante hacia con no defenderla por mas tiempo, y convertirse

en aliado y amigo del vencedor que la despojaba. Ademas de la suerte impuesta á Prusia como un castigo, Alejandro no podia ver con gusto que Polonia fuese restaurada; pero Napoleon se esforzó en demostrarle que Prusia debía detenerse en el Niemen por la parte de Occidente; que si pasaba de este rio para acercarse al Vistula, como lo hizo cuando la última reparticion de Polonia, daba que sospechar y hacia que la Europa la mirase con odio, adquiria unos súbditos que no se avendrian á sufrir su yugo en mucho tiempo, si es que se avenian alguna vez, y se ponía con aquellas conquistas dudosas bajo la dependencia de las naciones inmediatas, las cuales siempre estarian dispuestas á fomentar en ellas la insurreccion; que era preciso buscarse su engrandecimiento en otra parte; que lo hallaria en el Norte hácia la Finlandia, y en Oriente hácia Turquía; que en esta última direccion sobre todo, se abria para ella el camino de la verdadera grandeza, de una grandeza sin límites, puesto que tenia por perspectiva hasta la India; y por ultimo, que si procuraba engrandecerse por aquella parte, tendria en el continente amigos y aliados, y especialmente Francia, siendo su único adversario Inglaterra, potencia que, como no tenia otra fuerza que la que le daban sus buques, nunca podria disputarle las márgenes del Danubio.

Poderosas eran las razones de Napoleon; pero aunque hubiesen sido malas, no habia términos hábiles para contradecirlas, porque era preciso escoger, entre no tener nada en ninguna parte ni engrandecerse por ningun lado, sin impedir que Polonia renaciese y Prusia viniese á tierra,

ó engrandecerse y mucho en el sentido indicado por Napoleon. Alejandro no vaciló, pues, aunque por otra parte estaba tan lleno de ilusiones, encantado con lo que oía decir á su hábil seductor, no se necesitaba fuerza de razones para hacer que se decidiese. Tratábase sin embargo de saber de qué medios se valdrian para conseguir llevase en paciencia su desgracia Federico Guillermo, quien al ver en tanta intimidad á los dos emperadores, creyó era él el motivo de esa intimidad, y que recogería el premio de ella; pero Alejandro se encargó, por muy embarazoso que fuese aquel papel, de dar los primeros pasos, y participar á Federico Guillermo las resoluciones á él concernientes, dejando que se entendiera directamente con el árbitro supremo, que trazaba las fronteras de todo el mundo. Federico Guillermo acogió muy mal los preliminares de Alejandro, y se propuso acudir á Napoleon: mas el desgraciado rey de Prusia, á quien la fortuna favorecía entonces tan poco, aunque debia indemnizarle mas tarde, no era capaz de tratar por sí mismo sus propios asuntos. Ni tenia astacia, ni imponia; y si algunas veces no pudiendo soportar su alma el peso de la desgracia se dejaba llevar de involuntarios impulsos, estos impulsos de cólera y furor sentaban muy mal en un rey sin estados ni ejército, pues lo único que le quedaba era la ciudad de Memel, donde la reina pasaba los dias y las noches llorando, y de unos diez á quince mil hombres que mandaba el general Lestocq. El principe de quien vamos hablando tuvo una larga esplicacion con Napoleon, y lo mismo que en la primera entrevista trató de probarle que no era merecedor de las

desgracias que sobre él llovian, porque el origen de sus reyertas con Francia se remontaba á la violacion del territorio de Anspach, afirmando con obstinacion que con atravesar dicha provincia, habia faltado Napoleon al respeto debido á la soberanía prusiana. Esta cuestion tenia muy poca importancia bajo el punto de vista en que se hallaban las cosas; pero tan convencido estaba Napoleon de que tenia razon, como el rey de Prusia, porque si atravesó por Anspach, lo hizo con entera buena fé, y así mostró tanto empeño en que la razon estuviere de su parte acerca de este punto, como si no hubiera sido el mas fuerte. Los dos monarcas se fueron animando, y desesperado el rey de Prusia, se entregó á arranques que lastimaban su dignidad, servian muy poco su causa, y eran sumamente embarazosos para Napoleon, quien cansado al fin de oírle quejarse, lo envió á su aliado Alejandro, que era quien le indujo á que continuase la guerra, cuando al dia siguiente de la batalla de Eylau hubiera sido posible hacer las paces con ventaja de Prusia. Por lo demas, le dijo:—El emperador Alejandro tiene un medio de indemnizaros, cual es sacrificar por vos sus parientes los principes de Mecklemburgo y Oldemburgo, cuyos estados serán una magnífica adquisicion para Prusia, hácia el Norte y el Báltico, y abandonar tambien por vos al rey de Suecia, á quien podreis quitar Stralsund, y la porcion de Pomerania de que se vale tan mal. Que el emperador Alejandro consienta en que adquirais ese territorio, que si no es igual al que se os quita, está mejor situado, y yo no me opondré á ello por mi parte.—